Sebastián Salazar Bondy

POEMAS

Confidencia en alta voz

Pertenezco a una raza sentimental,
a una patria fatigada por sus penas,
a una tierra cuyas flores culminan al anochecer,
pero amo mis desventuras,
tengo mi orgullo, doy vivas a la vida bajo este cielo mortal
y soy como una nave que avanza hacia una isla de fuego.

Pertenezco a muchas gentes y soy libre,
me levanto como el alba desde las últimas tinieblas,
doy luz a un vasto campo de silencio y oros,
sol nuevo, nueva dicha, aparición imperiosa
que cae horas después en un lecho de pesadillas.

Escribo, como ven, y corro por las calles,
protesto y arrastro los grillos del descontento
que a veces son alas en los pies,
plumas al viento que surcan un azul oscuro,
pero puedo quedarme quieto, puedo renunciar,
puedo tener como cualquiera un miedo terrible,
porque cometo errores y el aire me falta
como me faltan el pecado, el pan, la risa, tantas cosas.

El tiempo es implacable como un número creciente
y comprendo que se suma en mi frente, en mis manos,
en mis hombros, como un fardo,
o ante mis ojos como una película cada vez más triste,
y pertenezco al tiempo, a los documentos, a mi raza y mi país,
y cuando lo digo en el papel, cuando lo confieso,
tengo ganas de que todos lo sepan y lloren conmigo.

Patio interior

A Luis Loayza

Viejas, tenaces maderas
que vieron a tantas familias despedirse,
volverse polvo y llovizna,
retornar a las dunas como otra ondulación,
os debo algo,
dinero, melancolía, poemas,
os debo cierta ceniza plateada y claustral.

Columnas fermentadas que persisten
soportando la sala, la alcoba, la despensa,
la cocina donde humeó algún sabor frugal,
os debo riquezas sin ira,
grandes palideces pensativas.

Patio interior,
cuervo de ociosas neblinas
entre cuyas largas plumas los amantes
se deslíen como una inscripción de pañuelo
os debo ahora mismo mi fosforescente vicio,
y os habito,
os corrijo,
os firmo con mi rápido nombre de cuchillo.

El poeta conoce la poesía

Permítanme decir que la poesía
es una habitación a oscuras, y permítanme también
que confiese que dentro de ella nos sentimos muy solos,
nos palpamos el cuerpo y lo herimos,
nos quitamos el sombrero y somos estatuas,
nos arrojamos contra las paredes y no las hallamos,
pisamos en agua infinita y aspiramos el olor de la sangre
como si la flor de la vida exhalara en esa soledad
toda su plenitud sin fracasos.

Permítanme, al mismo tiempo, que pregunte
si un peruano, si un fugitivo de la memoria del hombre,
puede sentarse allí como un señor en su jardín,
tomar el té y dar los buenos días a la alegría.
Qué equivocados estamos, entonces, qué pálida
es la idea que tenemos de algo tan ardiente y doloroso.
Porque, para ser justos, es necesario que envolvamos nuestra ropa,
demos fuego a nuestras bibliotecas,
arrojemos al mar las máquinas felices que resuenan todo el día,
y vayamos al corazón de esa tumba
para sacar de ahí un polvo de siglos que está olvidado todavía.

No sé si esto será bueno, pero permítanme que diga
que de otro modo la poesía está resultando un poco tonta.

Recado al joven poeta

No estés solo,
no hables contigo de ti mismo,
no mires demasiado
tu cinema en penumbra.
y si alguien te pregunta
por qué la flor no es más hoguera,
y el cielo su húmeda capa arrastra,
y el sol no vigila
sus músicos,
sus habas,
sus lechuzas,
sus tres rugientes reinos magistrales,
no eches llave a tu puerta,
a tu cadencia sonriente.
Sal afuera, cruza
despacio el puente
que va del sueño a las palabras,
y si estalla una pregunta
como un ojo purpúreo,
si la libertad te arroja al mundo
sin que puedas besar a una muchacha,
es porque te ha elegido.
No estés solo, mejor,
con tu película muda.

Luz neón

A Abelardo Oquendo

No hay noche en la ciudad, no hay
sino este tenue resplandor,
este halo triste en torno de las casas,
este antifaz fetal del día que pasó
y hecho jirones permanece.
No hay
noche en las tiendas de lujo, en los bares, en
los cuartos de hotel donde el sexo
pudo cantar su bella tonada invernal.
o hay
noche porque un tiempo de carbunclo y grava
baja por los muros parpadeando como un insecto
y arrastra una buena cena,
y paga con una plata fugaz e intermitente.
No hay noche de veras, no hay
ningún negro follaje donde el sueño transplante
su polen de meteoros.
No hay
ayer ni hoy ni mañana
ni citas de la vida con la muerte,
ni una luna que mirar
al mismo tiempo que la mira algún ausente.
Nos bañamos en carteles de inclemente color,
nos quedamos sin noche
quemados por la luz neón y absortos
como búhos que evocan la sangre de sus amadas.

Sombras del origen

Nací en un leve nido
de barro y caña de Guayaquil
(calle del Corazón de Jesús, donde ahora
parece fracasar un taller de mecánica)
cuando aún no se hablaba de comunismo
sino en el secreto de algunas familias obreras
y la palabra sonaba muy lejos
y entre muros de niebla
se arrastraba por los largos silencios del invierno.
Un leve nido oculto
en las húmedas ramas de Lima,
un temerario desafío, en verdad,
de aves mutiladas a los cielos.
En torno al nido, paciencias enmohecidas,
patios ralos, rincones de prohibida belleza,
relojes en penumbra,
alcobas muelles y miradas de loco,
y aunque la pequeñez del mundo era infinita
la pobreza del pobre se extasiaba en los entorchados,
bajo la pálida garúa de los oficiales,
al paso de la sigilosa extremaunción,
mientras el tatachín dominical
vestía los barrios con sus harapos bailables.
Claro que a veces breves gritos humanos
pregonaban frutas o mieles,
piedras de afilar,
tamales!,
y los vecinos los invitaban a acercarse a sus ventanas
de celosías intimidadas por la ola gripal.
El mar, a distancia, divulgaba su química monótona
de aires yodados,
lívidas aguas lentas,
turbiedades viajeras sin rumbo ni peligro.
Llanto y risa fui entonces
y otras cosas enemigas entre sí,
suaves,
solares,
negras también,
mas siempre mi vida buscó la dulce habitación arbórea,
el ovillo de barro y caña,
la cavidad suspendida en la sombra original,
donde cierto día hubo una irrepetible reunión de calores.
Nací en un leve nido
y su pérdida agobia como un terror mi sueño infantil.

La nada

La nada no es espacio,
tampoco tiempo perdido,
sino la confianza
con que retomo la tinta
y combato con su sombra,
y oigo a mi hija llorar,
y siento la dulzura de mi mujer
abrir su cofre de cuentos,
y reconozco a mis vecinos
por sus guitarras borrachas,
y pienso en mis amigos
con odio mas nunca sin afecto,
y veo en mis líquidos
que miento en el teléfono
cuando digo: “No hay novedad”,
y todo es nuevo a mi alrededor,
aunque yo acabo de nacer
del vientre de mi sueño.
Pero la nada resiste las olas
en medio de un océano
de cosas y remordimientos.

La vie an rose

La vida es un batiscafo o un corazón de hierro,
la vida, o sea, su duro cráneo
en medio de la blandura del universo y sus cartílagos.
La vida es rica en proteínas, pero muy pobre
en flores y eternidades,
digámoslo con calma: pobre
como el invierno en la cruz de las avenidas
donde con frecuencia me encuentro desabrigado
y donde la policía
custodia el orden con los delitos a cuestas,
con las drogas, los volantes subversivos
y los humildes besos de parque público.
Hablo de la vida y digo que prefiero
pasarla mecanografiándola
aunque a veces verdee como una higuera centenaria al sol.
Pero ella es lo único que verdaderamente me interesa
pues es más perfecta que los sueños,
conversa a solas con mis amigos,
atraviesa el ojo de una cerradura como un camello o un rico.
La vida que tiene una cicatriz en el pecho,
que no se salpica con los líquidos ancestrales
y que un día lleno de perfumes y de música de alas
se la comen los gusanos,
se llama carroña
y todos la olvidan.
¡Ah, batiscafo, corazón de hierro que padece pena,
te deseo buena salud!

libros
amateur